

SEGUNDA CARTA DE JUAN CALASANCIO

Queridos compañeros de curso:

Fiel a la cita anual de febrero me dirijo a vosotros esta vez de forma epistolar ante la imposibilidad de poderlo hacer personalmente. Es un privilegio para mí, y bien que os estoy agradecido por ello, poder escribir para vosotros cada vez que somos convocados a cónclave por el pontífice Paco Gómez Recolta y esa cabeza visible y privilegiada que es nuestro padre ecónomo Manolo Díaz Salazar.

Son cinco los años en los que lo vengo haciendo, lo que dice mucho de vuestra capacidad de aguante y de mi ilusión por semejante hecho, no por agradable carente de esfuerzo. Cinco años... cinco. Y cómo cantábamos en la tabla de multiplicar, cinco por diez cincuenta. Exacto. Cincuenta son los años que cumpliremos la mayoría en este 2005, excepto alguno que los cumplió el pasado año y algún abuelete como Jesús Rodríguez Cabeza o Lolo Ruiz Garrido que pronto se pueden permitir el lujo de viajar por España a bajo precio gracias al Inserso.

Cincuenta años no son nada. Son muchas las frases consolatorias y los refranes conformistas. El tiempo es relativo. La vieja es la ropa. Gallina vieja hace mejor caldo. A más años más solera, cantaba la Lola Flores. El refranero y los dichos populares no dejan de darle vueltas al magín para aliviar la pesada carga de los años, pero todos sabemos que, por mucho que la llamen así, no estamos ya en la edad de oro, sino en la de los metales: la plata en la cabeza y el plomo en semejante sitio. La vida es una tómbola, amigos. Estoy como nunca. Es cosa de hombres. Dame Danone... toma Danone. Johnsons cambia el polvo por brillo. Lo dicho: ¡No somos nadie... amigos! ¡Pero moriremos con las botas puestas!

La vida a los cincuenta se ve como una cantinela en la que ya casi nada nos coge por sorpresa. Son numerosas las batallas y frecuentes las convalecencias. Es difícil creer ya en los triunfos y en los fracasos. Debemos haber aprendido que los triunfadores nos lo son tanto si se espulga un poco en su interior ni los perdedores son fracasados del todo si se tienen en cuenta sus circunstancias. Algunos han quedado ya varados en la estacada, como nuestro compañeros Felipe y Rafa; otros, como el amigo Matías Verdugo, moran por las profundidades de la existencia sin por ello perder la dignidad y el saber estar. En algo deben notarse los consejos del Padre Bernabé acerca de las duchas con agua fría y la prohibición de utilizar manga corta para, según él, no ofender al buen gusto y a la vista con nuestros feos huesos.

Nosotros no tuvimos una mala educación, como dice el desviado y cara de panocha manchego, que culpa a los curas de la quizás mala educación que recibió en su casa. Recibimos la educación de la época, lo que al menos era educación. La educación nunca es mala o buena, sino mucha o poca. La que el denomina mala es simplemente la falta de educación. En la actualidad, simplemente, no existe. ¡Cuánto no se echa de menos hoy en día un poco de aquella sección denominada Urbanidad que ocupaba veinte o treinta páginas de nuestra enciclopedia de Ingreso. Ceder el asiento a las personas mayores, ayudarles a cruzar la acera, no arrojar papeles al suelo, guardar los modales en la mesa, respetar a nuestros padres y profesores,... Todo eso, hoy en día, según algunos, suena a carga, a facha, a carroza, a antiguo. Nadie en cambio ve mal que los sábados por la mañana aparezcan botellas esparcidas por nuestras plazas, las esquinas llenas de excrementos malolientes, los contenedores de basura quemados,... todo ello forma parte de la sana diversión de nuestra juventud, de nuestros señores universitarios.

Son el futuro de nuestro país. Los pelotas e impresentables de los políticos que nos ha tocado padecer la definen como “la juventud mejor preparada de la Historia”. Padecer titulitis y saber hacer el imbécil jugando al Tetris con un ordenador o bajar ilegalmente un disco insufrible de Internet, parecen bagaje suficiente para andar por el mundo. ¡Cuánto mejor no sería que estuviesen peor preparados y hicieran menos pipí por las calles! Que molestasen menos al vecindario que tiene que madrugar precisamente para que ellos puedan permitirse seguir bebiendo, y que dejaran menos vómitos y cristales rotos por los suelos que luego tiene que recoger Lipasam con el dinero de los impuestos de los que, precisamente, no pueden descansar, ni acceder a sus casas con su automóvil. De la inteligencia al poder hemos pasado a ¡la inteligencia al paredón y tontos a los cargos públicos! Sólo se me ocurre lanzar al aire un grito de admirada desesperación: ¡Gilipollas del mundo uníos... que el futuro es vuestro!

Se nota que Juan Calasancio es ya cincuentón. El chocheo, más tarde llamado Alzheimer, comienza a asomar por su cerebro y, como todos los viejos, se está haciendo gruñón, protestón e intransigente. Pero al final la vida es eso. La imbecilidad no respeta edades y nadie, ni siquiera Juan Calasancio, está exento de decir tonterías.

Hoy los tiempos adelantan que es una barbaridad. Desde nuestra atalaya hemos visto ya demasiadas cosas. *Vini, vidi, vinci...* sí. Pero también *llegati, triunfati* y *la cagati*. Vimos al viejo inaugurar pantanos, pescar descomunales salmones, entrar en las catedrales bajo palio, cazar venados en Cazorla, entregar copas amañadas al Real Madrid,... y permanecer dos meses en coma irreversible, mantenido a baja temperatura como los calamares de Pescanova, para finalmente endiñarla, como si fuese una novela de Borges con final de García Márquez.

Mientras el viejo reinó, pocos fueron los que se le subieron a las barbas. Pero poco después comenzaron a salir a la luz ingentes cantidades de corredores preequinos, desconocidos conspiradores clandestinos que decían jugarse la vida en cada embate, sindicalistas ocultos que decían haber dormido más noches en los calabozos que en sus propias casas. Vimos llegar a muchos de los que habían dado el cabezazo y las muestras de dolor ante el ilustre fiambre a los cargos dirigentes, pues aseguraban que se habían sentido demócratas de toda la vida, y ocupar puestos importantes a los que meses antes eran presos peligrosos. Algunos, de habitar en las cloacas pasaron a la moqueta y a la Visa oficial, de pronto fueron convertidos en héroes. Pero el toro, que como dicen los taurinos es el que al final acaba por poner a cada uno en su sitio; el toro, decía, el toro de la vida, se llevo por delante ilusiones y expectativas y andando el tiempo, como perros viejos que ya somos, comprobamos que más veces de las deseables se trataba de los mismos perros con distintos collares. Y como tales perros actuaban como aquél famoso del hortelano, sin premio.

Así fue nuestra vida... amigos. Nos educamos, según un mariquita manchego nos maleducaron, vestidos de baby a rayas, entre misas, triduos, oraciones a San Pompilio y cánticos a San José de Calasanz. Aprendimos a leer en el Chiquitín y el Sonrisas. Tuvimos el Quijote como libro de lectura en ingreso, y eso que aún faltaban muchos años para los fastos del centenario y que nadie, por tanto se iba a enriquecer con ello. Hicimos deporte en un patio de irregulares dimensiones, en calzonas cortas, camiseta de tirantas, pasando frío, sin chandall ni ropa de marca. Desfilamos y cantamos canciones falangistas en las demostraciones del viejo estadio de la Macarena. ¿Y nosotros que coño sabíamos de aquél tinglado? Nada nos iba ni nos venía. Nos decían que a cantar, pues cantábamos. Que a desfilas, pues desfilábamos... y punto.

Comimos chicles bazokas, pastillitas de leche de burra y vimos nacer el chupa-chups y el pita-gol. Jugamos a la lima, al trompo, a las medias suelas, a las bolas, a piola, al salto las papas, al cielo voy, a la policía y los ladrones, a los dos montones para cambiar las estampas repes. A falta de play-station y video-juegos no quedaba más remedio que exprimir la imaginación. Hicimos colas para sacar entradas de gol para ver el fútbol y aguantamos estoicamente de pie el partido cuando no existían los palcos vips ni el pay per view. Fuimos admiradores de Quino y de Baby Acosta, de Juan Hita –el expreso de Algeciras- y de Antón –aquél mono peludo que tantas veces subía la banda izquierda-, de Enrique Lora y de Javier López, de Julio Cardeñosa y de Enrique Montero, de Manolo Cardo y de Ferenc Szuszas.

Crecimos merendando pan con aceite y azúcar, ese invento que nuestras autoridades sanitarias, esos lumbreras que tan paternalmente miran por nuestra salud, han descubierto hace escasos años y que, dentro de los actos de exaltación de nuestra identidad autonómica, denominan *desayuno andaluz*. Inventamos la nocilla y el bollicao derritiendo al sol las gruesas e

inmasticables onzas de chocolate de los PP. Capuchinos o De la Virgen de los Reyes. Vimos llegar para quedarse la Casera y el Fanta, así como la llegada y desaparición de la Revoltosa, la Gaseosa Bética o Sevillista, el Zumbina, el Mission of California, el Mirinda y el Tri-Naranjus.

Nos preguntábamos que era aquello del quiero Danone, toma Danone, dame Danone, qué rico que está... Más tarde vimos unos tarritos de cristal que traían a las lecherías que se tomaban con cuchara y que había que guardar el envase para cambiarlo al comprar otro nuevo. No entendíamos cómo les gustaba a la gente, por mucho que nos dijeran que era un alimento magnífico y que formaba parte del postre de media Europa.

Vimos cantar a Massiel en Eurovisión enseñando las cachas, a Serrat negándose a cantar el la la lá en castellano, como si en catalán al decir lla lla llá significase otra cosa más profunda. Recordamos a Julio Iglesias con pelo y llegar a la Presley con carita de criada filipina; a Víctor Manuel cantando canciones puritanas cuando todavía Ana Belén no pasaba de ser una colegiala calenturienta. Cuando escuchábamos a Dylan, a la Báez, a Simon y Garfunkel, ni siquiera habían nacido Ronaldo, ni Zidane, ni Beckam. No existían los gays siquiera, sino las mariquitas folklóricas, por cierto con más gracia, como la Esmeralda, la Tornillo, La Soraya, La Estrellita o La Simona. No se conocían los metrosexuales, aunque más veces de las deseables, si no llegaba al metro, sí que superaba los veinte centímetros.

Vimos a Suárez vestido de falangista, a Don Leopoldo con cara de poeta local del 98, a Don Landelino con aspecto de ganadero de reses bravas. Al Guerra con barba y descamisado, con ojos de loco que duerme entre cartones; a Felipe sin corbata, sin canas, sin gafas y sin ojeras. Asistimos a la llegada de las televisiones privadas y con ellas la desaparición de la Clave, de Estudio 1, Paisaje con Figuras o A toda Plana. Con ellas llegaron: ¡Ay qué calor!, Saque bola y Abigaíl. Vivir para ver. El gran teatro del mundo. Muerte al pensamiento, viva la diversión. El siglo de las luces ha muerto, pase a la vulgaridad. Nada de programación formativa, viva la telebasura. Señores pasen y vean.

Crecimos de la mano de aquél negrito que nos transportaba al África tropical cuando a la vez que cultivaba cantaba la canción del Cola-Cao. Nuestra banda sonora está integrada por aquellos imaginativos e ingenuos anuncios en los que se cantaba que Ese lavaba blanco... uu... blanco blanquísimo, lave su ropa con Persil a ritmo de marcha nupcial, está como nunca... el coñac que mejor sabe... Fundador, Soberano es cosa de hombres, ponga un Vanguard en su vida, o Toddy o nada, Ay, ay, ay, que me sabe a Calisay, un plátano todos los días, yo también como patatas,.. Contamos contigo..

Vimos aparecer y desaparecer la Filomatic, el Búlgaro Cropan, el chicle May (aquí se masca la tragedia), las pastillas Koky, el Okal y el Calmante

Vitaminado, el linimento de Sloan (El tío del bigote) y el Vicks vaporub El gatito de las camisas Tervilor, el Topo-Giggio de los impermeables italianos con boina plastificada, el cerdito de yo también prefiero Sanders, que tenía un gran parecido con uno de los ministros de la transición, el burrito blanco de las sábanas, el burro con gafas que anunciaba los televisores Marconi,...

En lo más hondo de nuestro recuerdo permanece la cara pazguato del alcalde de Belmez, ganador del concurso Un millón para el mejor, la cara de pájaro de César Pérez de Tudela, concursante de las Diez de últimas, las voces inconfundibles de Matías Prats, José Luis Pécker, Kiko Ledgard, o las radiofónicas de Bobby Deglané, Agustín Embuena, Rafael Santisteban, Matilde, Perico y Periquín,...

Todo pasa y todo queda. Todo cambia con el paso del tiempo... ¡todo menos nuestro querido Lolo Garrido que, no tenemos claro si era un niño con cara de viejo o un viejo con cara de niño! En todo caso, salud y pesetas... Lolo. Salud y pesetas... y fuerza en la bragueta. Ya que Dios te lo dio que San Pedro te lo bendiga. Un beso, Lolo y la compañía, eso sí, en la frente... nosotros no fuimos de los de la mala educación.

Cincuenta años... ¡Ay! Dame veneno que quiero morir, dame veneno. Toda una vida, como cantaba Machín. ¿Son muchos o pocos? Según se mire. Como la cosa no tiene marcha atrás, démoslos por bueno. Que de algo sirva lo vivido. Porque dice el dicho, que el a los treinta no es macho, ni a los cuarenta rico... ¡arre borrico! ¿Y a los cincuenta? A los cincuenta... vivir y dejar vivir. Que la Virgen de las Escuelas Pías nos acompañe por intercesión de San José de Calasanz y San Pompilio. Que el que está arriba, que por qué no va a estar allí arriba, porque aquí abajo, desde luego, no hay quien aguante, pues eso, que el que está allí arriba nos tenga en cuenta tantas misas, tantos quinaros, tantos triduos, tantos cánticos cuaresmales, tantas ofrendas florales a su madre por el florido mayo,... y se olvide de algún que otro pecadillo que, cosas del tiempo, hoy en día no son más que cosas de granujilla, fruto de la inocencia y del tiempo que nos tocó vivir. Porque eso sí, si de algo pecábamos en aquellos tiempos era de inocentes e ingenuos, porque otras cosas ni olerlas y menos aún palparlas.

Queridos amigos escolapios: os agradezco sinceramente el que durante los últimos cinco años hayáis sido capaces de escuchar pacientemente las denominadas Memorias de Juan Calasancio. Sin duda alguna se nota la capacidad de sufrimiento fruto de las horas pasadas en silencio en el estudio de la calle Matahacas. Con mis mejores deseos para el futuro, un fuerte abrazo de vuestro amigo y compañero Juan Calasancio.

Sevilla, 5 de Febrero de 2005.